

El Dodge Dart de Carrero, destrozado por la explosión en la calle madrileña de Claudio Coello.

# EL DÍA QUE MATARON AL ALMIRANTE CARRERO

MANUEL CAMPO VIDAL

**L**OS obreros de la sala de prensa de Hispano Olivetti combaten el ensordecedor ruido durante su trabajo con un algodón en un oído y con un auricular conectado a un pequeño transistor que guardan en el bolsillo, en otro. La mañana del 20 de diciembre de 1973 la radio transmitió un escueto comunicado: "Una potente explosión de gas se ha producido a las nueve y media de esta mañana en la calle Claudio Coello de Madrid, resultando alcanzado el coche del presidente del Gobierno, almirante don Luis Carrero Blanco, que en aquel momento pasaba por aquel lugar, resultando gravemente herido". El ensordecedor ruido de la sala de prensas de la factoría Hispano se extinguió después de algunos martillazos más, justo el tiempo que duró la comprensión de la noticia. Se miraron unos a otros para

adivinar en el rostro ajeno si todos habían entendido lo mismo y se produjo entonces, allí mismo, otro tipo de explosión: una mezcla de miedo atroz, de satisfacción irreprimible, quizá de origen vengativo y de emoción histórica al experimentar la sensación de que algo realmente trascendental acaba de ocurrir y ocurriría a partir de aquel momento.

Estaba previsto que el día 20 de diciembre sería un día muy tenso, pero lo iba a resultar increíblemente mucho más. Por la mañana temprano, un convoy fuertemente protegido había salido de la cárcel de Carabanchel y cruzaba Madrid hasta Las Salesas, donde a las diez debía iniciarse el proceso contra Marcelino Camacho, Nicolás Sartorius, Fernando Soto, Saborido, Acosta, Santisteban, Zamora, García Salve y Juanín Muñoz Zapico. En toda España, los militantes de Co-

misiones Obreras se levantaron aquel día con la tensión de la fecha prevista para vaciar todos los recursos, para tirar de todos los cables que hacían posible la movilización. A las nueve en punto de aquel histórico 20 de diciembre, el almirante don Luis Carrero Blanco entraba en la iglesia de San Francisco de Borja que los padres Jesuitas tienen en la calle de Serrano, procedente de su domicilio, en la calle de Hermanos Bécquer. La zona estaba escasamente vigilada, a diferencia del día anterior, en que la presencia en Madrid del secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, llevó allí a centenares de policías que se apostaron en todas las esquinas de aquellas calles en las que se encuentra la Embajada de los Estados Unidos, la de Francia y la del Reino Unido. Salió el almirante de la iglesia y entró en su Dodge

Dart negro, matrícula PMM 17.416, disponiéndose a regresar a su domicilio para tomar el desayuno. Tres miembros del comando Txikia, de ETA, estaban ya apostados en la esquina de Claudio Coello con Diego de León, mientras un cuarto esperaba, nervioso, en un Seat 124, que habría de abandonar poco después ante la Escuela de Policía. El coche del almirante, seguido por otro vehículo de escolta, subió por la calle Juan Bravo y entró en la de Claudio Coello, avanzando lentamente hacia el número 104, donde se había colocado la carga explosiva. Al llegar a la altura del Morris que los etarras habían aparcado en doble fila con una carga suplementaria, el militante que se encontraba encima de una escalera para tener mejor visibilidad dio la señal, y el que guardaba el accionador eléctrico en una cartera de elec-

## EL DIA QUE MATARON AL ALMIRANTE CARRERO

tricista pensó en "Josu", un viejo compañero que resultó muerto por la Guardia Civil, y con rabia apretó el accionador. El barrio se conmocionó por una terrible explosión, y los etarras echaron a correr gritando: "¡Ha sido gas! ¡Ha sido gas!".

Un miembro del servicio de información de ETA, desde un piso franco de la organización en Madrid, grababa desde las siete de la mañana las conversaciones y órdenes de la radio de la Policía (1):

(...)  
—K-18... Dirijase a Claudio Coello, esquina Maldonado; parece ser que ha habido una explosión bastante fuerte. Adelante.

(...)  
—A ver, H-20... H-20... Que se vaya a Claudio Coello con Maldonado, a eso de la explosión que ha habido... que parece que es grave...

(...)  
—Vamos a ver, R-22. Interesa saber qué es lo que ha sucedido... a qué ha sido debido esta explosión. Adelante.

(...)  
—R-22, R-22. ¿Nos pueden comunicar ustedes si el coche del señor presidente del Gobierno, que pasaba por allí, ha sufrido algo? Adelante.

—Al señor presidente del Gobierno no le ha ocurrido nada. Cambio... Pero se ha destrozado la calle, pero no ha sido afectado. Cambio.

(...)  
—Vamos a ver... Efectivamente, ha habido una explosión de gas. Yo estoy junto a ellos. Ya están los bomberos con esto y con coches enterrados... Y ha afectado a dos de la finca de la esquina. Por lo visto son unos heridos que se los han llevado al equipo de Montesa: una niña y una señora... Y ahora me dicen que hay otra señora que parece que estaría también grave... Bueno, esto es lo que hay.

—¿Pregunte si al presidente del Gobierno le ha ocurrido algo o no!

—Los funcionarios que le acompañaban detrás han resultado heridos, puesto que pasaban en ese momento por este lugar, ¿eh?... Los funcionarios del coche de escolta han resultado heridos y estamos tratando de localizar el coche del señor presidente y a él, como es natural...

(...)  
—Para decirles que se ha levantado... completamente... toda la calle. Cambio...

—¿Y heridos no?...

—Ha habido algunos... coches afectados, bastantes; otra cosa no les puedo decir de momento. Cambio.

—¿A ver si es posible que se enteren por ahí si el coche del señor presidente del Gobierno está por allí volando... puesto que no sabemos nada y pasaba por allí hacía unos momentos...! Cambio.

—No se preocupe. Trataremos de enterarnos. Cambio.

—Bien. ¡Que el conductor no deje la escucha por nada! ¡Acercaros, acerca-

ros al domicilio, al domicilio, al domicilio del señor presidente, domicilio del señor presidente, que está en Hermanos Bécquer, muy próximo a ahí, y ver si ha entrado el presidente, si está el coche en la puerta. Adelante. Cambio.

(...)  
—Vamos a ver. Según nos informan aquí, también dicen que un coche le ha cogido la explosión de lleno y que lo ha subido hasta la azotea... Han subido los bomberos... Llevaba tres ocupantes. Ya confirmaremos este extremo, pero estamos muy seguros.

—Bien, bien, recibido.

—A ver, a ver... Parece ser que el coche que se ha subido... que ha sido mandado al tejado... es el del señor presidente del Gobierno... y todavía no lo podemos confirmar, ¿eh?... y parece ser que está muerto.

—¡Adelante, Prieto, adelante!

—Vamos a ver... parece ser que el coche que hay en el tejado es el del presidente del Gobierno, y parece ser que está muerto.

—... ¡estar pendientes!... ¡no que parece ser!

—Sí, sí... Ya han subido los compañeros: está confirmado todo.

### El Pardo

Minutos después de las diez de la mañana de aquel histórico 20 de diciembre de 1973, el coronel Salda, de la Casa Militar del Jefe del Estado, entra en el despacho de Franco y le confirma, después de haber sido informado personalmente a través del teléfono por el director general de Seguridad o por el ministro de la Gober-

nación —una noticia de estas características es obligado que la confirmase personalmente uno de los dos cargos— de que el almirante don Luis Carrero Blanco, presidente del Gobierno, es ya cadáver.

Franco, considerado un hombre particularmente frío de carácter incluso por sus familiares y a quien nadie recuerda haber visto con lágrimas en los ojos, lloró amargamente aquella fría mañana de invierno que amenazaba lluvia. Durante una larga etapa de su vida había preparado meticulosamente al almirante Carrero para sucederle en la Presidencia del Gobierno y para servir de freno a las discrepancias entre las distintas familias del régimen que se preparaban para la transición. Ahora, cuando ya no le quedaba tiempo de vida para encontrar y preparar un sustituto, se lo arrebataban. Ministro de la Presidencia desde 1951, Carrero estaba ya destinado a ocupar la jefatura del Gobierno incluso antes de nombrar vicepresidente en 1962 al capitán general don Agustín Muñoz Grandes. Sabedor Franco de que si nombraba a Carrero entonces su figura recibiría un tremendo desgaste por la oposición de los generales más viejos, nombró vicepresidente a Muñoz Grandes, que era el más antiguo de los generales con mando, y que lo ha-

bía ascendido incluso a la dignidad de capitán general cuando lo cesó como ministro del Ejército en 1957. Franco sabía que Muñoz Grandes estaba enfermo y era previsible que muriese en un espacio de tiempo relativamente corto, lo que efectivamente sucedió en 1970.

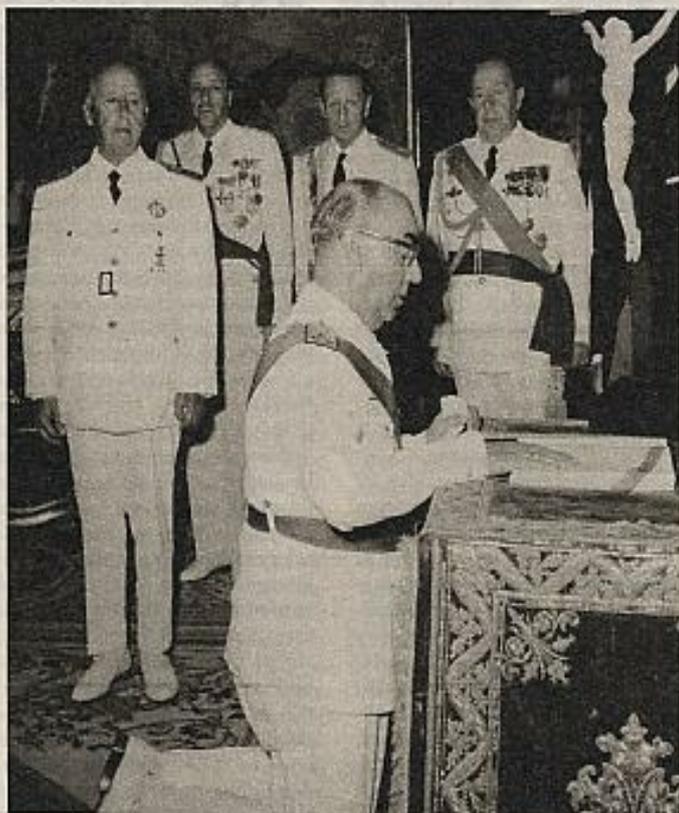
La operación no pasó inadvertida en algunos sectores políticos, que en 1962 filtraron esa supuesta intención de Franco a la prensa extranjera, llegando a comentar algún periódico que, por su enfermedad, Muñoz Grandes moriría antes de Franco. Francisco Franco Salgado Araujo, secretario militar del Jefe del Estado y primo suyo, le hizo llegar la noticia. Según éste, Franco se limitó a responder: "Muñoz Grandes es muy resistente y vence todas las enfermedades, así que no se deben hacer pronósticos" (2).

### Las Salesas

A las once de la mañana de aquel 20 de diciembre el príncipe Juan Carlos llegaba al hospital Francisco Franco, donde ya se encontraba el ministro de la Gobernación, Carlos Arias Navarro, y donde tres cuartos de hora antes había ingresado, cadáver, el almirante Carrero. Entre tanto, en los calabozos de Las Salesas, Marcelino Camacho y el resto de dirigentes de Comisiones Obreras que iban a ser juzgados en el tristemente célebre Proceso 1.001, esperaban impacientes sin comprender por qué la vista se retrasaba. Sólo algunos ruidos lejanos y sirenas constantes que pasaban aullando y desaparecían les advertían de que algo insólito estaba ocurriendo.

Cuando finalmente se les hizo salir y dirigirse fuertemente escoltados a la sala, entre un doble cordón policial que les impedía inquirir qué era lo que estaba sucediendo, creció en ellos la impresión de que algo anormal sucedía en aquel ambiente de discusiones entre los miembros del Tribunal y conciliábulos del presidente con el comisario Delso. El rostro de los miembros del Tribunal reflejaba una tragedia. Los abogados de los dirigentes sindicales, desde un rincón, trataban por signos de hacerles llegar la noticia. Les pareció comprender que alguien estaba muerto. O quizá no. En cualquier caso, ¿quién?

El presidente del Tribunal or-



El almirante Carrero presta juramento como vicepresidente del Gobierno.

(1) Extracto de un anexo del libro "Operación Ogró", Editorial Herdugo, San Sebastián.

(2) Del libro "Mis conversaciones privadas con Franco", Editorial Planeta.



Marcelino Camacho, Juanín Muñiz Zapico y Nicolás Sartorius, tres de los dirigentes de CC. OO. implicados en el proceso 1.001.

denó entonces, sin explicación alguna, que los detenidos volverían a sus calabozos. Marcelino Camacho explica aquellos impresionantes momentos así:

"Echamos a andar con la guardia, cada vez más intrigados, mientras nuestros abogados trataban de acercarse. Uno de ellos logró aproximarse y nos dijo: 'El almirante Carrero Blanco ha muerto en un atentado'. Vivimos algunas horas de gran angustia. Desde los calabozos podíamos oír los rumores que crecían. Entre las palabras que se desgajaron pudimos oír: 'Camacho al pote', o 'Muerte a Jiménez', y a veces 'Taracón, al paredón'. Por un azar extraordinario —a menos que no fuese hecho de forma intencionada, porque confieso que todavía hoy me planteo esa cuestión—, el atentado contra Carrero tuvo lugar el mismo día que nuestro juicio".

[...]

"El capitán de la Policía Armada que custodiaba la salida nos dijo cuando íbamos a ser conducidos de nuevo a Carabanchel: 'Señor Camacho, yo no comparto sus opiniones, como bien sabe. Pero haré lo posible para protegerlos. La situación es grave. En la ciudad reina un clima de histeria. Grupos extremistas reclaman que os entreguemos. Fuera, la Policía está dispersando a vuestros partidarios. Si los comandos de extrema derecha quieren venir hasta aquí, la Policía Armada no les opondrá una viva resistencia. Tengo treinta hombres. He pedido refuerzos, pero dudo de que se me envíen. Con el asesinato del almirante, todas las fuerzas han sido movilizadas. Vuestra seguridad es lo último que preocupa'.

Nos sentimos totalmente impotentes" (3).

## París

En la especie de sede parisina de la dirección del Partido Comunista de España, todavía no instalada en Rue Notre-Dame de la

Victoire, se vivía la mañana con fuerte tensión, con todas las antenas desplegadas hacia las noticias que pudieran llegar desde España. Según las previsiones, debían celebrarse aquel día más de cien manifestaciones ilegales, especialmente en Cataluña, Andalucía, Madrid y Asturias. Sonó el teléfono y desde Madrid llegó la noticia del atentado. "¿Estás seguro?", preguntó Santiago Carrillo. Un facultativo del hospital Francisco Franco casi se había mareado una hora antes cuando palpó un cuerpo destrozado bajo la sábana que cubría la camilla. "Este hombre está destrozado", comentó al resto del equipo de urgencias. Levantaron la sábana, y a pesar de la herida en la nariz distinguieron la personalidad del almirante don Luis Carrero Blanco. Hubo una cruda lucha por unos instantes entre un rápido cálculo de las repercusiones políticas, quizá sangrientas, que iba a suponer aquello y el reflejo profesional de pasar inmediatamente a la acción. Atendieron a los tres hombres que acababan de traer, mientras la noticia estallaba en el hospital Francisco Franco cortando la respiración en despachos y quirófanos. Desde allí alguien llamó al otro lado de Madrid; en otros dos brincos telefónicos, la noticia, que todavía no había dado la radio porque las agencias sólo la tenían a nivel de "gran explosión de gas", llegó a un teléfono a utilizar sólo en caso excepcional. Y desde allí cruzó la frontera y llegó al despacho en el que Santiago Carrillo ya había consumido a aquellas horas casi una cajetilla de Gitanes. "¿Estás seguro?", insistió. Antes de que el informativo de France Inter y Radio Eu-

ropa número 1 lo confirmasen, Marcos Ana llamó desde el CISE (Comité Internacional de Soutien a l'Espagne) para transmitir la noticia que había llegado desde Estocolmo a través de una llamada de la televisión sueca al CISE, efectuada inmediatamente después de que la Embajada de Suecia en Madrid la pusiera en el télex.

Santiago Carrillo, silencioso, rodeado de tres o cuatro dirigentes que pugnaban por reponerse, pensó en la suerte de Marcelino Camacho y del resto de los encartados en el 1.001 que a aquellas horas ya debían estar en Las



El teniente general don Manuel Díaz Alegria: su actuación fue decisiva.

Salesas. Pensó en el esfuerzo del movimiento obrero y democrático para aquel día 20 de diciembre y en la previsible reacción de la extrema derecha, se le dibujó en la mente la imagen de una "noche de los cuchillos largos", y se precipitó sobre el teléfono.

La personalidad que en Madrid descolgó comprendió inmediatamente la situación y aceptó hacer la gestión mediadora. Pocos minutos después, el secretario general del PCE hablaba desde el exilio, en una conversación inimaginable unas horas antes,

con un oficial de Estado Mayor que se encontraba a pocos metros del teniente general don Manuel Díaz Alegria, jefe del Alto Estado Mayor del Ejército. Por si era necesario quedó bien claro que el PCE no tenía nada que ver con aquella explosión, que sus métodos eran otros, como la concentración que la Policía había dispersado frente a Las Salesas, como las manifestaciones que iban a salir en toda España, pero que el atentado contra el presidente del Gobierno coagularía. Cuando Carrillo colgó el teléfono tranquilizó a los que le acompañaban: había obtenido garantías de que no habría "noche de los cuchillos largos".

## Las capitales de provincia

El número de la Guardia Civil especialista en radiotelegrafía que estaba frente al télex de la Comandancia de la provincia releyó el texto que se transmitía aquella mañana desde Madrid. Se daba allí cuenta de que el almirante Carrero Blanco, presidente del Gobierno, había sido asesinado en Madrid, y se dictaban instrucciones para que el teniente coronel jefe de la Guardia Civil en la provincia se dirigiera al Gobierno Civil para hacerse cargo del mismo y controlar la situación. El teniente coronel jefe de una provincia catalana que recibió, como otros, esas instrucciones, invirtió algunos momentos en serenarse y estudiar la situación. En Madrid, tras ese télex, estaba el director, ni más ni menos que el teniente general don Carlos Iniesta Cano. En aquella capital de la periferia estaba el gobernador, máximo representante del Gobierno en la provincia. Tomó algún tiempo más y decidió prolongarlo pidiendo confirmación a Madrid de esa orden.

Entre tanto el teniente general don Manuel Díaz Alegria tenía conocimiento de ese télex en el Alto Estado Mayor. Había dado instrucciones ya a todas las unidades para que permaneciesen en estado de alerta, pero sin moverse de sus guarniciones. Dictó otro télex escueto y tajante y descolgó el teléfono directo para hablar con Carlos Arias Navarro. Unos minutos después el radiotelegrafista de la Guardia Civil entraba en el despacho del teniente coronel de aquella provincia catalana y le entregaba la contraorden. ■ M. C. V.

(3) Del avance publicado por "Le Monde" del libro "Espagne, conquête de la démocratie".